

Maragall y las rosas

Por TOMÁS ROIG Y LLOP

«Cueillez dès aujourd'hui
les roses de la vie».

RONSARD.

Noviembre barcelonés está en su final respiro. La tarde cae fría y desmayada. El azul del cielo guarda para sí todas las promesas de la azulada serenidad que cantó el Poeta, el azul de la Purísima:

*«Quin cel més blau aquesta nit!...
Sembla que es vegi l'Infinit,
l'Infinit sense vels,
més anllà de la lluna i els estels.»*

En una tarde así, debía salir Juan Maragall, por última vez, a su jardín, oloroso de paz, contiguo al casal hogareño, en el agrisado San Gervasio.

Corrían sus hijos con vital alborozo, mientras crujía la arena bajo sus pies inquietos, tejiendo, entre musicales serpentinas de risas, la reiterada canción de la inocencia. Maragall, rondándole ya la Muerte, debía seguir con la mirada sus juegos, dulcemente prendido en la hora tranquila, tiernamente acariciado por aquella oscilante pueril alegría.

Miraba, también a menudo, hacia un rincón de vulgar apariencia: ¿qué había allí que tanto le atraía? ¡Oh, muy sencillo!: un pequeño rosal que florecía todo el año, sin desfallecer, como un silencioso obstinado mensaje a la esperanza.

Ahora las rosas se despedían, al igual que el Poeta, de los postreros rayos del sol y tenían, como él, un halo de melancolía alentada por gélidas ráfagas llegadas del Tibidabo.

* * *

Los chiquillos habían entrado en la casa. Maragall, pálido y soñador, cerró la puerta que les separaba del jardín. Diríase que hasta las rosas



Rosa «JOAN MARAGALL».

Creación de Pedro Dot.

alargaban sus tallos para verle un instante más; y, por un milagro de amor, decirle adiós, ya para siempre, con las divinas manos de sus pétalos, de un rojo carnal, semimorado...

* * *

Maragall, tras los cristales de la ventana, contempló aún, varias veces, «su» rosal. Veíale entre las primeras neblinas de la Eternidad que le aguardaba, sin poder acariciar el cuerpo virginal de aquellas flores ni aspirar su célico perfume.

Pero en las lívidas horas que iban urdiendo el invisible sudario, se abrían otras rosas de evocación y de ensueño, hermanas de las de su jardín. Eran rosas-versos que jamás habían de morir, porque las animaba la mágica gracia de la flor —«émula de la llama»— predilecta del Poeta (1) que, con tanto fervor aludiera en su ferviente «La Cançó de Sant Ramon», y que, en el orden terrenal, había de llevarle al recuerdo de tantos momentos en que la felicidad del Poeta era simplemente luz y color y olor de rosas:

*«He vist unes roses — d'un vermell pujat,
d'un vermell negrós — d'un vermell morat.
Penjaven gronxant-se — del mur d'un jardí;
ningú les pot heure — no es poden collir;
són les roses lliures — de la servitud,
són les roses franques, — no paguen tribut.
Ni de baix s'abasten — ni de dalt estant:
el gipó o el gerro — no s'en gaudiran.
Brillà al sol veuran-les — des de lluny la gent,
donaran la flaire — al bon grat del vent;
mes cap mà atrevida — les apomará
ni alenada humana — les mustigarà.
No com les flors altres — són de qui les vol:
són lliures, són pures, — són del vent i el sol.
Passaran la vida — gronxant-se i rient
i abrusades se les emportarà el vent.»*

Ahora, su glorioso cantor se disponía a traspasar otro muro, aquel que nos separa del tremendo Misterio del que nadie regresa. Y, más allá de este muro, seguro que un místico sendero ribeteado de «rosas franques» lo debió guiar hacia el maravilloso rosal de la Patria Celeste.

El Poeta y sus rosas están ya lejos de nosotros, pero su presencia no se ha desvanecido en el erial del olvido. Quedan sus luminosos versos dedicados a ellas y queda, también, para exaltación de su nombre bien amado, el espiritual homenaje que le ha rendido el laureado floricultor Pedro Dot con la «Rosa Joan Maragall», de capullos grandes de treinticinco pétalos, color encendido y brillante, de intenso perfume y que, al abrirse, se doblan con elegancia uniflora. Rosa, sin duda, similar, en sus características, a las que inspiraron al genial autor de «Les roses franques». Sus hijos, con gran acierto, la han escogido entre otras muchas.

Y, así, Maragall se nos hace vívido, entre rosas soñadas y tangibles, en alas de la más bella levedad floreal, como extasiado partícipe de ese perenne efluvio que él mismo cantara cuando afirmaba que «l'ànima de les flors és immortal».

(1) Maragall exaltó las rosas en más de una docena de sus poesías y a través de varias de sus prosas.